

no), ni siquiera su mayoría real, pero era su representación; era esa parte, mínima si se quiere, pero íntimamente ligada con la masa en que tenía todas sus raíces, y que por consiguiente, y por inconscio modo, se sentía representante de todas las aspiraciones oscuras, indecisas, informes del inmenso grupo ignorante y esclavo que respiraba congojosamente bajo ella. Esa porción del DEMOS en que el demos adquiriría conciencia, había despertado con el terrible trueno de la guerra de tres años: los cantos y los discursos de los demagogos vociferadores la habían despertado. Sobre eso, que es lo único que aquí podía llamarse democracia, pegada á ella, fundida en ella, pero sirviéndole intelectualmente de cima, estaba la burguesía liberal no educada por Voltaire ó Rousseau, sino por sus discípulos franceses y españoles, que eran legión; en esta burguesía se volvía fluido y se desvanecía ó se concretaba y se tornaba en palabra y acción, según las circunstancias, el partido moderado.

☪ Lerdo probablemente había obtenido la mayoría de votos para la Presidencia á pesar de la popularidad indiscutible de González Ortega; en las urnas del comicio, manejadas, como solía acontecer, por manos peritas, la mayoría no había aparecido por él; los liberales serios, aquellos á quienes simpatizaba más, tenían una invencible desconfianza de su carácter; lo tenían por un soñador espada en mano, y las dificultades esperadas é inesperadas que ennegrecían el porvenir, les parecían superiores á los buenos deseos del caudillo. El carácter de Juárez, serio, rígido, metálico, parecía á todos cuantos se esforzaban en pensar desapasionadamente una ancla mejor para la nave que iba á volver, que entraba ya en el mar de las tormentas. Pero la inteligencia de Lerdo era en su concepto superior á la de Juárez, que no pasaba los límites comunes, aunque la proveía de savia un excelente buen sentido.

☪ Y estaban, los que así creían, en lo estrictamente justo. Lerdo era un hombre de solidísima instrucción económica; su comercio con los libros serios que demostraban y analizaban las cuestiones sociales contemporáneas, había sido por extremo fecundo como su HISTORIA DE VERACRUZ; sus trabajos estadísticos, sus medidas en la Subsecretaría de Fomento lo habían demostrado; metido de lleno en la corriente de ideas utilitarias y profunda aunque no ostensiblemente anticatólicas que bañaba, digámoslo así, las doctrinas de los sociólogos franceses ó que en ellos se inspiraban, todo fué natural y lógico en su papel de reformista. Lerdo, en su amor por la libertad, rayano en culto, se sentía dominado por la grandeza y la fuerza de los Estados Unidos, que atribuía, principal si no únicamente, á la libertad; era tildado de creer demasiado en las ventajas de la alianza íntima con los Estados Unidos, aun á costa de una modificación temporal en nuestra soberanía, con tal de sacar adelante la definitiva adopción en nuestro país de las libertades necesarias (libertad política, de cultos, de trabajo, de comercio) y de poner á flote nuestra hacienda para emanciparnos de deudas y acreedores extraños; se decía que en el famoso banquete de EL DESIERTO, dado por el municipio nombrado en Méjico bajo los auspicios de los americanos triunfantes en 47 y en que se había brindado por la anexión, el papel del concejal Lerdo había sido un poco turbio; él siempre rechazó el cargo, pero no habría sido exce-

sivamente extraña una ofuscación en hombres que, como él, veían en una fantástica lejanía la emancipación social de su país y vivían en el martirio perpetuo de su impotencia para realizar pronto una obra que con nuestras fuerzas solas no habría podido consumarse nunca.

☪ Lerdo habría sido un gran presidente, quizás mejor que Ocampo, su émulo, porque era más frío, menos accesible al sentimiento, menos impulsivo digamos, aunque también de alma menos grande y de menos luminoso espíritu. ¡Quién sabe!; y es inútil y pueril entrar en disquisiciones de este género; lo que resulta evidente es que en las grandes crisis no son los hombres de alta inteligencia (reiteramos esta fórmula, que anda esparcida en este libro y en muchos libros que no son éste ni son míos) los que salvan á las naciones, sino los de gran carácter. Aquí queda clasificado Juárez. Probable es que Lerdo hubiese sido electo Presidente en los comicios del sesenta y uno, pero no habría evitado la intervención, era inevitable; lo que la determinaba no estaba en la situación de nuestro país, estaba en un conjunto de circunstancias cuyo factor más importante era la voluntad del soberano francés que partía de un ensueño de sociólogo, prodigiosamente persistente, acariciado por un sentimiento de mujer, la devota Eugenia, y condicionado por la situación de los Estados Unidos en plena lucha civil; todo lo demás era secundario, como no fuese que nuestro estado semi-anárquico daba pretexto y facilidad á la empresa. No, no habría podido Lerdo evitar la Intervención; Doblado era igualmente pronto de espíritu y quizás más sutil y flexible que él, y, sin embargo, Doblado, que llegó á un inesperado triunfo diplomático, se estrelló ante la obstinada resolución sorda del emperador francés.

☪ ☪ ☪

☪ La situación era oscura, hondamente oscura; tenebrosa para el Gobierno. La tremenda desilusión de los bienes del clero, que se habían desvanecido en humo, causaba una tensión infinita en los espíritus; literalmente no se sabía á qué recurso acudir para la vida del día siguiente y NO SE PODÍA MÁS. Necesitaba la multitud un chivo expiatorio; la multitud era el partido liberal casi íntegro: el chivo expiatorio fué Guillermo Prieto.

☪ Jamás la estulticia prehistórica, cuaternaria, desesperadamente anterior á toda cultura, á todo sentimiento humano, en el estado en que la razón es apenas un fuego fatuo, no un fanal, no una antorcha, sino algo fugaz que se apaga apenas encendido en el óxido de carbono de los apetitos animales, de la sed de la sangre del hombre en perspectiva, se mostró más repugnante que en aquellos días negros; en los clubs, en los periódicos, en las sacristías, que sin contacto aparente por las ideas lo tenían profundo por el modo de sentir, Guillermo Prieto era ultrajado hasta el paroxismo en todos los tonos; él tenía la culpa de todo; se había robado una parte de los bienes del clero, la otra parte la había dejado robar, y en esta forma simplista las masas se dejaban explicar la bancarrota pública y el DÉFICIT fiscal.

¶ Nada más injusto, ya lo hemos dicho y probado, nada más imposible de refutar ante aquellos energúmenos. Poco faltaba para que intentaran arrastrar al Ministro á las gemonías; y cuando el SÁBADO DE GLORIA, siguiendo la tradición popular y canallesca de las chusmas, la efigie de Prieto era quemada en las calles, como si fuera la de Judas, LOS LÉPEROS, esos á quien él había idealizado tanto al compás de su guitarra maravillosa, se lanzaban con furia sobre los restos carbonizados como si fueran los de un enemigo del género humano y ellos unos caníbales latentes bajo el zarape gris. Pero Prieto era un valiente; en esos días mismos, cuando se celebraba con una patética ceremonia fúnebre el culto de los mártires de Tacubaya, él, saliendo de entre millares de hombres enervados por el estampido lúgubre del cañón, por el redoble sordo de los tambores y por el lamento largo y doloroso de las músicas militares, dijo ó, mejor, exclamó una de sus odas vibrantes, entrecortadas por el ímpetu del ritmo que moría y resucitaba sin cesar, subrayadas de sollozos, de anatemas, de grandes metáforas trágicas que pasaban levantando los brazos al cielo como en las inmensas procesiones aéreas del infierno del Dante. Con los cabellos revueltos, los labios trémulos, la voz henchida de imprecaciones, lanzó el famoso apóstrofe MUERTOS EN PIE; una conmoción eléctrica galvanizó á aquella multitud subyugada por la palabra del gran inspirado.

¶ Guillermo Prieto había prestado eminentes servicios á la revolución. Desde niño casi, cantó todo lo que el pueblo amaba, desde la CHINA POBLANA hasta la Virgen del milagroso santuario; todo vivió en sus cantares, todo pasaba por ellos desordenándolos tumultuosamente, arrastrando la oda comenzada en las alturas hasta los más triviales surcos trazados en el suelo social por los vicios ó las pasiones plebeyas. Porque eso era ante todo la musa de Prieto, plebeya; era el águila de las plebes que despertaban en los grandes centros de la República á la luz de las auroras nuevas. Su juventud, pasada, gracias á un mal golpe de la fortuna, en los recovecos populacheros, explica su tendencia á encontrar en lo vulgar y prosaico la llama divina del arte, ya mezclándole la levadura del dolor humano, ó la del patriotismo, ó la del amor; era un poeta popular en toda la extensión de la lira. En la cuerda lírica en que solía encontrar acentos religiosos de un patetismo y de una unción infinita (como que era un espíritu sentimentalmente piadoso á pesar del intransigente anticlericalismo de su vejez, que se fué acentuando á compás del drama político de la Reforma); en el lirismo romántico que llegó á subir en sus versos á la temperatura más alta, á la exaltación más próxima al delirio sagrado; en las descripciones llenas de color y sabor, aunque de contornos iridiscentes gracias al empleo constante de metáforas en que descomponía sin cesar el rayo de luz de su inspiración; en la canción épica generalmente cantada, no al compás de la lira, sino de la llorosa ó regocijada vihuela, que incorporaba con el alma del pueblo el recuerdo de todos los heroísmos y sacrificios por la Patria, la memoria de los héroes, la conmemoración de los luchadores anónimos; en la cuerda satírica, en el epigrama gracioso, aun en un mismo dardo plantado valientemente en los vicios de las clases, en las deformidades sociales, en todo se mostró Prieto, antes y después de su Ministerio reformista, un

poeta, un gran poeta espontáneo desdeñoso del arte y de la forma, pero rebosante en música, en fuego, en vida, que hacía arder como paja seca las aristas de la retórica y algunas veces, lo que era censurable, las reglas del idioma.

¶ Ya lo hemos dicho, durante «la guerra de tres años» fué un Tirteo; iba por ciudades y campamentos alentando, cantando, repicando las dianas del triunfo en las marchas de las tropas de Degollado, de Doblado, de González Ortega, y sus discursos y sus estrofas pasaban como ráfagas de heroísmo y de alegría entre las banderas de la CHINACA en marcha. Ramírez estaba al frente del inmenso enjambre de los demoleedores; Ocampo, Lerdo, trataban de crear, de levantar lo nuevo; Prieto cantaba la mañana de la libertad ó como un profeta ó como un trovador de los vivacs reformistas.

¶ Pero en donde se fundían y adquirían vigor nuevo todas sus cualidades de poeta, sus jácaras patrióticas y sus exaltaciones de vidente era en su prosa, llena de intenso movimiento, preñada de donaire y de acción, que iba recta á las emociones, que sacudía los nervios y producía espasmos de amor, de odio, de risa. Éste era un don de orador y de conversador en Fidel, que se reflejaba en sus discursos y en sus escritos, á veces incorrectos y triviales, casi siempre vivaces en el desorden y sabrosos en la INGRAMÁTICA como el habla del pueblo, de donde antaño nació el idioma que la gramática reglamentó á la postre. Prieto era un pre-gramático; creaba su modo de hablar, su léxico y su código de retórica.

¶ ¡Y qué caro pagó el genial varón ese pecado! ¡Ser poeta! Verdad es que ser poeta y Ministro de Hacienda (y Prieto lo fué más de una vez) parece un contrasentido; el uno es un soñador, un realista implacable el otro. Pero Prieto era un perito, por su educación burocrática, en el mecanismo complicadísimo de las oficinas fiscales; era también un observador penetrante y certero; todo ello le ayudaba; le ayudaban sobre todo algunos buenos empleados á desenmarañar un poco el embrollo inmenso del negociado de la desamortización y la nacionalización; entre estos colaboradores ninguno había capaz de medirse con el licenciado Iglesias por su conocimiento en la materia, por la claridad sorprendente de su percepción, por la prudencia inalterable de su consejo y por su liberalismo profundo y sistematizadamente educado en la reflexión y el estudio. Las disposiciones tomadas por Prieto durante su permanencia en el Ministerio tendían á facilitar las operaciones de nacionalización que, por reiterada prevención, pudieron hacerse todas, en la capital, aunque las fincas estuviesen distribuídas en la República. Hacer de estas facilidades medios seguros de proporcionarse fondos, siempre urgentísimos, fué otro de los propósitos de Prieto administrador de los caudales públicos. Hacer entrar en la nacionalización varios de los conventos de monjas que aun no habían sido adjudicados, reduciendo á las religiosas á vivir en poquísimos edificios, era un recurso en aquella angustiosa situación. Todo fué para ellas consideraciones y deseo de hacerles menos penosa su situación, rodeando los pequeños capitales que les habían sido reconocidos de toda suerte de garantías; pero el hecho de arrancarlas un poco brutalmente de sus claustros causó hondísima sensación en la sociedad femenil mejicana. Algunas monjas habían resistido con una especie de rabia que se exhaló en denuestos; otras no dijeron nada,

no hablaron; después de recibir la comunión de manos de la abadesa, en el peso de la noche, desfilaron con sus trajes blancos semejantes á rayos de luna corporizados en aquellos largos corredores sin luz.

☉ Todos estos expedientes eran efímeros: la parte que debía entregarse en numerario á las arcas públicas en cada operación de nacionalización desaparecía como por encanto. Prieto hacía esfuerzos inauditos por ordenarlo todo en medio de aquel caos: reorganizó las oficinas del Ministerio, extinguió los fondos especiales, refundió los reglamentos de desamortización y nacionalización en un grupo de disposiciones claras que tenían esta base general: EL CLERO NUNCA HA PODIDO ENAJENAR SUS BIENES, PORQUE NO ERAN SUYOS, ERAN FUNDAMENTALMENTE DE LA CORONA DE ESPAÑA Y HOY DE LA NACIÓN; por ende, TODO CONTRATO DE COMPRAVENTA DE BIENES RAÍCES HECHO CON LA IGLESIA ES NULO; lo cual tenía una trascendencia retrospectiva muy importante.

☉ Suprimió las alcabalas, para crear un comercio interior libre y cumplir así con un justísimo y difícilísimo precepto constitucional... Nada valió, nada produjo el resultado que todos esperaban; las arcas seguían vacías y Prieto tuvo que salir del Ministerio legándose á Mata, uno de los autores más conspicuos de la Constitución é hijo político de Ocampo. Mata dejó el Ministerio pocos días después proclamando la bancarrota, la imposibilidad de remediarla, la desilusión profunda que había causado en muchos y en él, sobre todo, tener que convencerse de la desaparición de los bienes del clero, que parecían destinados á solventar la deuda nacional, á fundar, por ende, nuestro crédito y permitirnos, como consecuencia de esa situación, entrar en la carrera de los progresos materiales sin los cuales nuestra riqueza natural fincaría improductiva. Todo venía abajo, nada podía hacerse.

☉ El único que no desmayaba era Ignacio Ramírez; llegó á dirigir los departamentos de Justicia é Instrucción Pública y de Fomento, Agricultura, Comercio, Colonización é Industria; los reorganizó; declaró la igualdad de garantías entre extranjeros y mejicanos (con la sola excepción formulada en el art. 33 de la Constitución Federal), igualdad que, aunque definida expresamente en la Constitución, convenía repetir y hacer llegar al conocimiento de todos, para facilitar la inmigración de personas y capitales, señalando importantes franquicias á los que adquiriesen terrenos para trabajos agrícolas; expidió nuevos planes de instrucción pública muy suficientes para las necesidades de la época; estableció concursos de obras dramáticas; proyectó, como parte de su plan educativo, porque tenía miras que no podemos menos de llamar inmensas, un mes cívico (Septiembre) en que habría: franquicias aduanales para los efectos mejicanos, exposiciones, concursos, diversiones gratuitas, fiestas cívicas (el año escolar terminaría en Septiembre), etc., etc. En cierta ocasión dió á los alemanes el hospital del Salvador, lo que produjo escándalo y alarma. EL NIGROMANTE hacía, á la vista de los piosos, de los devotos, de los gazmoños y de los tartufos del moderantismo, un

papel especial: era el Mefistófeles de la Reforma; era un Satanás; la boca irónica y ligeramente contraída, como el arco al disparar el dardo, por el hábito de la burla implacable y del sarcasmo; la mirada brava y observadora y un poco insolente, llena de misericordia para todos los errores y las miserias en el fondo de la pupila negra, Ramírez era en el Gabinete de Juárez una inquietud, una alarma, era el representante del espíritu anticatólico de la Revolución. «No, decían todos (Prieto, Zarco, Degollado y los demás), no venimos á hacer la guerra á la Iglesia, somos católicos, sino á los abusos del clero.» Ramírez decía: «Vuestro deber es destruir el principio religioso cristiano ó católico, para que, emancipada, la sociedad ande.»

☉ Circuló en Méjico una anécdota espeluznante: se llevaron á «La Moneda» algunas joyas de diversas iglesias, un tesoro: custodias, cálices, copones, patenas de oro ó plata sobredorada; allí nadie las quería tocar; los obreros en grupos manifiestamente hostiles llenaban el patio; una excitadísima multitud (la noticia había cundido por aquellos suburbios) se arremolinaba á la puerta, pugnando por entrar; el destacamento de policía la contenía con dificultad creciente.

☉ Ramírez, puesto al tanto de aquella situación, llegó en un coche de punto... «Muera el impío, el ateo, el hereje, el Nigromante»... fué el saludo del grupo popular; la obscura máscara cobriza del Ministro permaneció impassible; penetró en el edificio y, sin hacer caso de los murmullos hostiles, se dirigió á los sacros vasos allí hacinados y en medio del silencio asombrado de todos, tomó un mazo de hierro y se puso á golpear furioso sobre el metal impoluto; las gemas y las perlas saltaban bajo el sacrilego martillo, se abollaban y rompían los vasos sagrados... Otras personas atrevidas siguieron al iconoclasta en su obra... Al salir Ramírez, lo escoltaron en tumulto por varias calles las maldiciones y los anatemas de la chusma exasperada.

☉ Ignoro si la anécdota será cierta, no se me ha ocurrido comprobarla (Prieto me la contaba); Ramírez fué capaz de esas osadías. Su propósito era escandalizar para conmover y despertar á los pueblos dormidos; hacía exactamente, y no tanto en el sentido material como en el moral, lo mismo que los misioneros con los ídolos indígenas: romperlos, arrojarlos de los teocalis y luego exclamar: «Ya veis como no se defienden, como no cae del cielo fuego sobre mi cabeza.» Aquel iconoclasta, sin reproche y sin miedo, entreveía y llamaba á través del polvo que levantaba su piqueta, el advenimiento del mundo nuevo. Era un demoledor que bosquejaba las reconstrucciones: como Ministro de Justicia, disponía la promulgación de los códigos á medida que fueran concluyéndose; como Ministro de Agricultura, daba reglas para impedir la tala de nuestros montes; como Ministro de Colonización, trataba de entrar en posesión efectiva de los terrenos baldíos para cultivarlos, concediendo exenciones de toda especie á los extranjeros que adquiriesen tierras para colonización, exenciones más importantes si una parte de los colonos era mejicana; como Ministro de Comercio, firmaba con Don Antonio Escandón una formal concesión para construir el ferrocarril entre Veracruz y Méjico.
